

Sociedades de frontera. Colonización, aculturación e impacto económico

Border societies. Colonization, acculturation and economic impact

María del Cristo González Marrero
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
Departamento de Ciencias Históricas
maria.gonzalez@ulpgc.es

Amelia C. Rodríguez Rodríguez
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
Departamento de Ciencias Históricas
amelia.rodriguez@ulpgc.es

En el origen de la idea de reunir distintas colaboraciones acerca de un tema tan complejo como el de las sociedades de frontera, y que hoy se presenta bajo la forma de dossier, está nuestro común interés por los procesos históricos que ponen en relación a formaciones sociales diferentes, entre otras razones por las sugestivas y variadas dinámicas que siempre resultan de la diversidad en contacto. No es casualidad que esta inquietud se materialice a partir de un objeto de estudio que compartimos: el análisis de los fenómenos derivados del proceso de expansión atlántica de los reinos ibéricos peninsulares, con una atención particular a sus efectos en las islas Canarias. Este archipiélago constituye el único territorio previamente colonizado por otras gentes en este sector del océano y en él se constatan las evidencias materiales de la interacción entre poblaciones con modos de vida y tradiciones culturales diversas. También puede concebirse como un trasunto simbólico, un espejo que nos devuelve las concepciones del mundo de las sociedades que lo imaginaron o lo frecuentaron (GONZÁLEZ y RODRÍGUEZ, 1998). Trabajar sobre estas cuestiones nos ha brindado la oportunidad de transitar, por convicción y por necesidad, por una concepción de la investigación en historia que debe ser necesariamente multidisciplinar, empezando por el propio aparato heurístico, que conjuga las fuentes escritas y las arqueológicas.

La propuesta que se hizo a los autores y autoras, y que ha resultado en este compendio de contribuciones generosas a la revista *Vegueta*, tenía como eje conductor un título: *Sociedades de frontera. Colonización, aculturación e impacto económico*, que deriva de una línea de investigación en la que coincidimos con

* Queremos dedicar estas páginas introductorias a la memoria de Lydia Zapata Peña, tan unida a esta frontera atlántica por lazos personales y también profesionales. La primera tesis que dirigió fue la de un alumno de esta Facultad y desde entonces, nunca dejó de colaborar con nosotras y con esta institución. Su recuerdo nos acompañará siempre.

algunas de las personas que contribuyen al dossier. Nuestro objetivo no es definir el concepto de frontera, tan cambiante según las percepciones de los investigadores e investigadoras que lo abordan, y las realidades históricas que analizan, sino que pretende ser una modesta contribución al estudio de las sociedades que habitan territorios compartidos con otras formaciones sociales y que a veces se transforman en límites para transgredir o sendas para transitar. En este empeño podían haberse evocado otros enfoques, como los que aporta la lingüística, el arte o la antropología, pero hemos preferido ampliar las fronteras temporales con el objeto de percibir, en distintos tiempos históricos, esos fenómenos de colonización, aculturación e impacto económico que suelen identificarse en aquellas sociedades que se desenvuelven en territorios fronterizos.

Y, aun a pesar de que el objeto no era definir el complicado concepto de frontera, todos y cada uno de los trabajos que aquí se presentan aluden, de una u otra manera, a los distintos tipos de frontera que *a priori* lo configuran y a sus diferentes formas de cristalizarse. Todos ellos aportan, también en mayor o menor proporción, elementos que ayudan a definir los límites fronterizos, materiales o simbólicos, que concibieron las sociedades que han convertido en su objeto de estudio. Una prueba más de la complejidad del asunto que nos traemos entre manos.

Quizá por ello, y también porque las evidencias arqueológicas en sí mismas no permiten establecer de forma inequívoca la vinculación entre territorios y grupos humanos, los trabajos del dossier que se dedican a formaciones sociales de la Prehistoria, inciden más en los aspectos de colonización, aculturación e impacto económico, sin plantear límites espaciales claros para los fenómenos que investigan. En todos ellos se parte de una premisa emanada del presente: todos los seres humanos tienen un sentimiento de pertenencia a una comunidad, y por añadidura, esa autoconsciencia genera también una percepción de la alteridad. En términos históricos y antropológicos esto se podría traducir de muchas maneras, deudoras casi siempre de los conceptos de etnia o formación social, y que tienen un reflejo material en la cultura. En este aspecto, queremos resaltar el posicionamiento teórico explícito de Cristina Prieto y Horacio Chiavazza, que apela al concepto de etnógenesís y al carácter mutante y moldeable que tienen las culturas.

Aunque la sucesión de los artículos de este dossier depende de una ordenación alfabética, nosotras queremos comentar los trabajos desde una perspectiva en la que prime la diacronía de los objetos de estudio. Por ello comenzamos por ese punto de partida de los y las que investigan sobre Prehistoria.

Cuando se abordan estudios sobre sociedades cazadoras-recolectoras o las primeras sociedades campesinas, con un modo de vida itinerante, es difícil hablar de fronteras físicas, más allá de los grandes obstáculos que ponga la naturaleza en el camino de cada grupo humano. Sin embargo, sí que se han propuesto otros conceptos que evocan una geografía etnolingüística desde el Paleolítico Superior europeo (VANHAEREN y D'ERRICO, 2006). En el dossier las contribuciones se refieren a momentos más recientes, aunque igualmente distantes para poder reconocer su concepto de lo material y lo simbólico. De hecho, el artículo de Javier Jover y Gabriel García-Atiánzar dedica buena parte de su contenido a dejar explícita la teoría sustantiva que guía su trabajo. Así definen los atributos del registro arqueológico que consideran fundamentales para distinguir entre sociedades pre-tribales de cazadores-recolectores, sociedades tribales también cazadoras-recolectoras

y sociedades tribales agropecuarias. Los autores indican la importancia del concepto de propiedad sobre los bienes de producción para comenzar a delimitar los espacios físicos y el derecho a su uso. También inciden en los indicios que pueden ayudar a distinguir entre asentamientos de poblaciones sedentarias o semisedentarias y las plenamente itinerantes, vinculadas estas últimas al modo de vida cazador-recolector pre-tribal. No dudan de la procedencia alóctona de los primeros grupos de campesinos y ganaderos en el Levante peninsular y por ello abordan los fenómenos de interacción que se produjeron entre ellos y los ocupantes previos de la zona. Los nuevos datos radiométricos y el análisis tafonómico detallado del registro arqueológico verifican la contemporaneidad de grupos tribales productores y no productores, pero también registran una distribución no aleatoria de los asentamientos de cada uno de ellos. Sugieren que el escenario no tuvo que implicar siempre una idílica comprensión de los mutuos beneficios de la convivencia. Los conflictos latentes o explícitos pudieron materializarse de diversas maneras y, junto a la adaptación a los cambios culturales y económicos, proponen que también se produjeron fenómenos de tribalización para oponer resistencia a las gentes y las ideas no nativas. Las opciones de integración, resistencia y autoexclusión fueron igualmente plausibles en el sexto milenio antes de la era en los territorios feraces del Levante peninsular.

La contribución de António F. Carvalho se centra en un territorio ibérico situado frente al Atlántico, la Estremadura portuguesa, en un contexto cronológico que también parte del Neolítico Antiguo, aunque incide más profundamente en los cambios económicos y ecológicos detectados en la transición al Neolítico Medio. Utiliza nuevos datos zooarqueológicos y de análisis de isótopos estables en registros faunísticos y humanos, para realizar una propuesta sugerente que implica otra forma de concebir la relación de los grupos humanos con los territorios y sus «fronteras». Y es que, en esta zona del centro y sur de Portugal, los datos apuntan a que los modos de vida de las sociedades agropecuarias del Neolítico Antiguo fueron reemplazados por otros que implicaban una mayor itinerancia. Este descenso en las pautas de sedentarización, estaría íntimamente ligado a prácticas ganaderas que debían recurrir a los desplazamientos. El autor propone que este cambio pudo estar auspiciado por el aumento constatado de la aridez en la zona durante el cuarto milenio. Carvalho evoca los estudios realizados en el Sahara, que documentan un comportamiento similar. Los grupos humanos se hicieron pastoralistas forzados por el deterioro climático y ecológico. Pero, ¿cómo fijar entonces los territorios, los centros de agregación o las rutas para el ganado?, quizá el fenómeno megalítico fuera la respuesta. Las construcciones de piedra, funcionasen o no como sepulturas, han sido interpretadas tradicionalmente como marcadores territoriales. Esta aseveración puede reforzarse en un contexto donde impere la movilidad y los grupos étnicos compartan rutas y espacios, que al mismo tiempo puedan tener unos «propietarios» simbólicos.

Las siguientes dos contribuciones tienen también como escenario la Península Ibérica, pero en una época, el primer milenio antes de la era, donde se multiplican las evidencias arqueológicas y ya se dispone en los momentos más recientes de algunos textos — no entraremos aquí sobre su naturaleza indígena o foránea y sus contenidos —.

La aportación de Gonzalo Ruiz-Zapatero y Jesús Álvarez-Sanchís presenta, de forma sintética, la aparición y evolución de los centros fortificados en la meseta norte, intentando explicar por qué algunos se convirtieron con el tiempo

en asentamientos mayores y más complejos. Su trabajo se detiene también en la definición de los términos que maneja y, como no podía ser de otro modo, resalta la gran complejidad del problema histórico que aborda. Aquí nuevamente se contemplan los conceptos de identidad en un territorio vasto y aparentemente poco poblado, donde conviven comunidades agrícolas y ganaderas con un mayor nivel de sedentarización que sus predecesores. La voluntad de permanecer y el arraigo al territorio se manifiestan en los recintos amurallados que tienen, aunque a veces se trate de sitios de poca entidad demográfica. Llama mucho la atención la detección en el registro arqueológico de la llegada de nuevas gentes, con sus nuevos modos de vida, pero también el apego que se percibe por los gustos y tradiciones autóctonas. Los autores comentan la importancia de los cambios ambientales para ayudar a explicar esos fenómenos que incluyen aspectos demográficos y culturales. Resaltan luego la importancia que tuvieron las demandas de las colonias fenicias, para cambiar los conocimientos tecnológicos ligados a la metalurgia, pero también gustos y modas. Todo ello pudo propiciar las modificaciones en el tamaño y aspecto de los asentamientos en momentos más recientes. El amplio territorio meseteño no estaba articulado de forma jerárquica, sin embargo los autores perciben un sustrato cultural bastante homogéneo que experimenta las influencias y modas foráneas, sin que ello implique necesariamente grandes movimientos poblacionales. El territorio no tiene límites, se adivina un *hinterland* amplio y muy activo, que facilita la transmisión y los cambios. Terminan aludiendo a otro concepto relevante, el término urbano y lo que conlleva. A nosotras, lo que más nos ha gustado es esa alusión a los espacios periurbanos, esos lugares extramuros que desempeñan un papel tan importante en el funcionamiento de la ciudad y las comunicaciones con otros territorios. Terminan con una aseveración muy pertinente, el sentimiento o la noción de vivir en una ciudad es ante todo una cuestión ideológica, como lo es el propio concepto del espacio que ocupa y sus «límites».

De territorio y «resistencias» al cambio tecnológico nos ilustra el trabajo de Natàlia Alonso. Nos muestra un panorama que comienza a mediados del primer milenio antes de Cristo, donde se distinguen los asentamientos autóctonos ibéricos o galos del Noreste peninsular y su prolongación hacia el norte de los Pirineos y las colonias griegas que se asientan junto a ellos. Partiendo de la comparación entre las técnicas de molienda de procedencia oriental y las autóctonas ibéricas, muestra la casi nula interacción entre ellas. Ambas sociedades experimentaron de forma coetánea la necesidad de aumentar la producción, aplicando innovaciones diferentes: las griegas, ejemplificadas por el molino de Olinto y las ibéricas, centradas en los molinos rotatorios. Sin embargo, permanecieron durante diversos siglos casi ajenas a influjos mutuos o de otras culturas. La eficacia del molino rotatorio manual ibérico podría explicar la resistencia a adquirir otros modelos, por muy prestigiosa que fuera la colonia griega o púnica que lo usara. Pero la autora propone que en la ecuación hay que integrar igualmente el conservadurismo de las sociedades a la hora de integrar novedades tecnológicas y sobre todo, el papel que desempeñan las tradiciones culturales e identitarias.

Así pues, los dos trabajos referidos a la Edad del Hierro peninsular muestran respuestas poliédricas a los fenómenos derivados de la colonización, la aculturación y su impacto económico. Los íberos, tan permeables a otras innovaciones foráneas, conservaron su tecnología de la molienda frente a griegos y púnicos, quizá por la alta eficiencia productiva de sus prototipos rotatorios. Las

gentes de raigambre celta de la meseta adoptaron las innovaciones metalúrgicas y supieron explotar la riqueza de sus materias primas locales, favoreciendo el comercio y acogiendo modas y formas de organizarse, pero también conservaron otros aspectos de su cultura, quizá no tan visibles, pero igualmente importantes desde el punto de vista identitario.

Los siguientes trabajos, que se dedican a épocas cronológicamente más recientes, constituyen otra evidencia de que la(s) frontera(s) y las formaciones sociales que, en cada momento histórico han habitado en ellas, son un espacio intensamente transitado por quienes se aventuran a intentar comprender los misterios de toda índole que aquellas han albergado a lo largo de los siglos. Y no es de extrañar porque, como señalábamos hace un instante, el concepto de frontera no es unívoco y en sí mismo favorece que pueda contemplarse desde múltiples puntos de vista, atraídos por la variedad de enfoques que sugiere el hecho de que en ocasiones se conviertan en un lugar de encuentro pero en otras en territorios de desencuentro, y que en unos casos o en otros estas contradicciones puedan advertirse de maneras tan distintas como las que nos dejan las huellas materiales y simbólicas en sus distintas expresiones. Fronteras terrestres, fronteras marítimas; fronteras exteriores, fronteras interiores, fronteras domésticas; fronteras materiales, fronteras mentales, fronteras religiosas; fronteras sociales, políticas y económicas, fronteras culturales, fronteras lingüísticas, fronteras individuales y fronteras colectivas... límites no siempre precisos que pueden rastrearse — con la prudencia de saber que nuestras ideas y conceptos no siempre, casi nunca tal vez, coinciden con los suyos — en los lugares habitados por los hombres y las mujeres a lo largo de la existencia de la Humanidad. No es de extrañar, pues, que todo este interesante y complejo «espacio fronterizo» haya despertado la curiosidad de los investigadores y de las investigadoras de las más diversas disciplinas desde hace décadas. Es un tema recurrente, pero no un tema viejo. No lo era ya hace 20 años cuando Manuel González Jiménez, en las conclusiones de un encuentro sobre la frontera oriental nazarí, escribía que la frontera «reaparece en el panorama historiográfico al impulso, no diría yo de modas, sino del interés y de las circunstancias de las que el historiador forma inevitablemente parte (...) vivimos, sin duda, en un mundo cambiante, de fronteras inestables, y no es, por tanto, sorprendente, que la vieja temática fronteriza nos ocupe y preocupe» (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 1997: 673). Estemos de acuerdo con André Bazzana y por tanto, asumiendo que la frontera no existe como objeto histórico (BAZZANA, 1997: 27) o, por el contrario, afirmemos con Toubert que no sólo lo es sino que en ella hay que reconocer un límite lineal pero también una zona amplia — «*une membrane vivante*» — (TOUBERT, 1992: 16; 2001), lo cierto es que desde entonces y hasta ahora son muchos los trabajos que, desde puntos de vista multidisciplinares, han contribuido a definir o matizar los diferentes espacios fronterizos, demostrando que las fronteras deslumbran, pero más lo hacen las sociedades que las viven, que las reproducen y que las rechazan, y de ahí la pertinencia de volver siempre a repensar sobre ellas.

Es así, sin duda, en el trabajo que nos presenta Juan Rebollo Bote, acerca del *territorio y la sociedad en la frontera andalusí al norte del Tajo extremeño*, con el que se suma de nuevo a la larga nómina de investigadores e investigadoras que han tratado de arrojar luz a este complejo fenómeno, pero centrando su atención en el poco transitado territorio — historiográficamente hablando — situado entre el Sistema Central y el río Tajo, *confín territorial de al-Andalus*. Las nuevas lecturas

de las particularidades del fenómeno fronterizo en este territorio concreto han sido posibles, y así lo señala el autor, gracias a las posibilidades que ofrece la arqueología, con interesantes resultados como los que han supuesto, entre otras, las excavaciones en los yacimientos de Albalat (Cáceres) y Vascos (Toledo), a las que se suman los datos que pueden extraerse de la toponimia y una revisión de las fuentes escritas, ahora con el objetivo de abordar el asunto teniendo *más en cuenta la óptica y el sustrato islámico*. Juan Rebollo acomete la tarea de analizar el dinamismo territorial y social que caracterizó esta zona en tres etapas concretas que, *grosso modo*, constituyen fronteras cronológicas en las que se asiste, en un primer momento (2ª mitad del s. VIII y 2ª mitad del s. IX), a la organización de este espacio geográfico en torno a Mérida y a la red de comunicaciones de época romana y bajo directrices andalusíes desde el punto de vista de la administración, aún a pesar de que el control sobre este territorio por parte de la Córdoba emiral no sería lo suficientemente firme y arraigado. En un segundo momento (2ª mitad del s. IX y 2ª mitad del s. X) diversos avatares, entre los que se incluye la catástrofe natural del desbordamiento del río Tajo en el año 849, propiciaron que la zona de estudio protagonizara episodios de gran inestabilidad. Estos estuvieron marcados por el avance de los cristianos del reino astur y la traición, materializada en el encabezamiento de revueltas, de ciertos miembros de las principales familias. Una de sus consecuencias fue la fundación de Badajoz en 875 y la progresiva decadencia política de Mérida. Destaca el autor y se sorprende del poco eco que ha tenido en las investigaciones, el inicio en esta etapa de las primeras peregrinaciones a Santiago de los cristianos andalusíes que, en su opinión, a través del puente de Alcántara y partiendo desde Córdoba organizarían el camino que les llevaría hasta el sepulcro del Apóstol. Por último, la 2ª mitad del s. X conocería el auge de la ciudad de Badajoz y el *traslado del eje territorial de la Lusitania hacia el oeste* y supondría la reorganización califal con Abd al-Rahmān III de todo este espacio que se traduciría en un mayor centralismo y control del territorio. A pesar de las dinámicas territoriales y de los cambios significativos de los centros de control del poder sobre la zona, este peculiar *espacio* acogió durante todas estas etapas a unos contingentes poblacionales que, de manera independiente a las fluctuaciones demográficas, siempre constituyeron sociedades dinámicas y complejas, étnica y culturalmente diversas, dedicadas sobre todo a la ganadería y, en menor medida, a la agricultura. Complejidad que puede rastrearse en la toponimia —y de ahí el valor que el autor le otorga y reclama— y que nos devuelven, sin duda, la imagen de una(s) frontera(s) que en nada se asemejan a un espacio impermeable, antes al contrario, ejercieron como puente entre mundos políticos contrapuestos, *lo que en definitiva fue una tierra de nadie pero también de todos*.

Alejándonos de aquellas fronteras, aunque no demasiado, Roberto J. González Zalacain, reflexiona acerca de otro espacio fronterizo: el mar. Su interesante propuesta nos recuerda de nuevo la complejidad que encierra el concepto de frontera, y aborda una reflexión acerca de este asunto haciendo hincapié en la diferencia entre nuestra idea y la de los hombres y mujeres que conformaron las sociedades medievales, para descifrar el papel que el Atlántico Sur tiene en la conformación de una nueva realidad fronteriza, inhabitable, pero fundamental como puente entre realidades territoriales concretas. El objetivo es sugerente y gravita en torno a la posibilidad de establecer y marcar las diferencias entre dos contextos distantes y distintos, o tal vez no tanto, como son el conformado por los puertos y ciudades de la Baja Andalucía y las islas del archipiélago canario,

y entre la frontera marítima y la terrestre. Su trabajo forma parte de una línea de investigación de larga tradición en el medievalismo hispánico en general y canario en particular. Comprobamos de nuevo, de la mano del autor, cómo es imprescindible tener en cuenta que las sociedades bajomedievales que afrontaron la aventura de los descubrimientos tuvieron que transitar por múltiples fronteras –de nuevo la complejidad del concepto– de las que, sólo por señalar algunas, estaban aquellas vinculadas con el hecho marítimo, pero también otras en las que intervenían los territorios fronterizos costeros, como las relacionadas con las diferentes jurisdicciones de las que dependían las ciudades y puertos marítimos de la Baja Andalucía primero, y las diferentes islas del archipiélago canario después. Insiste Zalacain en recordarnos que adentrarse en esa frontera física que es el mar supuso, para aquellas sociedades, emprender una aventura que significaba enfrentarse a su propio imaginario, en el que el ultramar atlántico se antojaba peligroso e inesperado y que había introducido unos nuevos protagonistas, unos «otros» diferentes a aquellos que tradicionalmente habían sido sus contrincantes en suelo peninsular. Con ellos y con los territorios que habitaban tuvieron que diseñar un modelo de relaciones en el que había mucho de experiencia y casi todo de novedad, generando *unas sociedades fronterizas, unas sociedades en contacto* en cuyas características y dinámicas intervendría en gran medida el modelo económico desarrollado y sus actividades principales, como la industria azucarera, aspectos a los que el autor dedica una buena parte de su trabajo. Concluye finalmente, en que el hecho fronterizo no implica homogeneidad en aquellas sociedades que lo comparten sólo por la mera cuestión de hacerlo. De la comparación de ambos escenarios, el andaluz y el canario, llega a esta afirmación recordando, de nuevo, que ser extranjero no significó en Canarias una traba *social* como lo era, de hecho, en los reinos de la península ibérica. Del mismo modo señala que las diferencias en las formaciones sociales y el intenso desarrollo de algunas actividades económicas específicas, como la azucarera, separan la sociedad transfronteriza canaria de aquella otra andaluza pero, a pesar de todo, en ambos casos la frontera marítima –*el hecho marítimo*– *tuvo una importancia capital, y suponía un apertura a un mundo completamente distinto a lo que tenían a sus espaldas*. Como antes lo hiciera Juan Rebollo, el autor reflexiona acerca de la pertinencia de abordar el estudio de estas sociedades de frontera desde la multidisciplinariedad, lo que supone fomentar la colaboración con otras áreas de conocimiento como la arqueología y la lingüística.

La contribución de Juan Manuel Bello aborda un aspecto relevante de las sociedades en contacto, como sin duda lo es la vertiente militar que suele acompañar al hecho fronterizo. El autor nos ofrece la edición de una serie de manuscritos depositados en el Archivo Municipal de Carmona y en el Archivo General de Simancas que tratan sobre la manera de proceder en el reclutamiento y el pago de tropas para configurar las huestes que intervinieron en la conquista, en este caso, de la isla de Gran Canaria. Sin alejarnos todavía de aquella otra orilla andaluza, nos situamos en el ámbito en el que fue reclutada la mayor parte de los hombres que participaron en la conquista de la isla, miembros de las milicias concejiles que habían demostrado su destreza en las campañas de la guerra de Granada. A aquellos combatientes se unieron las llamadas «gentes de las islas», originarias de las islas de señorío, ya conquistadas, que participaron en la anexión de las islas insumisas. Esta cuestión constituye un ejemplo más, sorprendente todavía para muchos, de los «perversos» y contradictorios efectos

que pueden llegar a darse en el seno de estas sociedades de frontera, aspecto este último que también aborda Roberto Zalacaín en su trabajo. De la lectura atenta de estos documentos, transcritos íntegramente por el autor, se confirman algunos aspectos conocidos como la composición de estos ejércitos y las circunstancias que rodearon la intervención de ciertos combatientes y, sobre todo, el frecuente impago o el retraso en abonar los salarios, que generaron multitud de documentos como los que se presentan en el anexo de este trabajo, en los que abundan las quejas y las peticiones, algunas por parte de los herederos y décadas después, de aquellos que participaron en la conquista de la isla, protagonizando episodios relevantes en este primer escenario atlántico de frontera.

El trabajo de Cristina Prieto y Horacio Chiavazza es un ejemplo de que las fronteras temporales, en el marco de la historia, no tienen una razón de ser. Abordan el análisis de un territorio más o menos concreto, el espacio mendocino del Noroeste argentino y contemplan la sucesión temporal de modos de producción, formas de ejercer el poder y estrategias de resistencia asociadas a una población que, en su concepto de etnogénesis, no sabemos si podríamos calificar simplemente como Huarpe, ¿o Viluco?. En todo caso inciden plenamente en la temática de este dossier, describiendo cómo los fenómenos de colonización (inca e hispana) y aculturación, tienen un impacto económico, desigual según el grado de dominio que imponga la presencia colonial y la manera de adaptarse o rechazar lo impuesto por parte de las poblaciones locales. Sus conclusiones nos llevan a recordar la propuesta del artículo Javier Jover y Gabriel García-Atiénzar. Aquí la respuesta al fenómeno colonial puede venir de la mano de aspectos simbólicos, retratados en las cerámicas de manufactura local, aunque adoptan tecnologías y formas nuevas, pero también se usan de forma diferente según los contextos de asimilación o rechazo. Los autores plantean de forma clara que la reorganización de las estructuras de autoridad tradicional y los sistemas de prestigio de la sociedad huarpe, que emanaron de la implantación de nuevos sistemas económicos, fueron las claves que propiciaron la mutación de las nuevas identidades indígenas.

Con Matilde Arnay, Alejandra C. Ordoñez y Ana Rosa Pérez-Álvarez transitaremos por el mundo de los contactos e influencias resultado del movimiento de personas y productos en Canarias durante el siglo XVIII, en especial de los esclavos y el tabaco. Su trabajo forma parte de una línea de investigación que tiene un corto –sobre todo si la comparamos con la que se ha ocupado de las sociedades aborígenes desde una perspectiva arqueológica– pero intenso recorrido académico en el archipiélago y que debe mucho al interés y dedicación de Matilde Arnay, corresponsable, junto con José Torres, de una de las primeras intervenciones desarrolladas en Tenerife en el marco de esta disciplina, allá por los años 90: el yacimiento arqueológico de la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife. Su participación –y la de sus colaboradores y colaboradoras– era imprescindible en un dossier de estas características. Este trabajo viene a sumarse a una amplia bibliografía acerca de la información que ofrece este yacimiento arqueológico, especialmente relacionada con los estudios bioantropológicos y los materiales funerarios que acompañaron a los individuos que allí fueron enterrados. En esta ocasión las autoras abordan, mediante el uso de procedimientos propios de la genética molecular, el estudio de una muestra de restos óseos de adultos y, como novedad, de un grupo de restos infantiles, con el objeto de intentar precisar mejor el lugar de procedencia

de estas poblaciones. El análisis de ADN obtenido en los restos humanos, su combinación con el estudio global de los haplogrupos del ADN mitocondrial y su correspondiente asignación geográfica ha permitido señalar que en el subsuelo de esta iglesia fueron enterrados individuos cuyos linajes evidencian procedencias europeas (mayoritaria en el caso de los restos infantiles analizados), africanas (tanto norteafricanas como subsaharianas) y americanas. Existe también una pequeña muestra del linaje representado por el haplogrupo U6b1, asociado a la población indígena que habitó la isla antes de la conquista castellana. En este trabajo se pone de manifiesto la relevancia de la muestra compuesta por individuos que portaban linajes subsaharianos, cuestión que se explica como el resultado del tráfico de esclavos negros, cuya presencia en el Archipiélago puede rastrearse desde comienzos de la conquista de las islas, procedentes de la práctica de los rescates llevados a cabo en la costa africana vecina de Berbería. Con el tiempo, los esclavos llegaron desde las factorías portuguesas instaladas en Cabo Verde y Guinea, de los negocios forjados en compañías mixtas formadas por españoles y portugueses, que los hacían traer de Angola, de donde también llegaron a través de las relaciones con mercaderes ingleses y holandeses durante la ocupación de este territorio por parte de Holanda. Habría que añadir ahora, tras estos estudios de ADN, otros orígenes claros, como Níger y Senegal. Flujo de personas y también de productos y objetos, como las pipas de fumar, cuyo análisis ha revelado un posible origen holandés. El análisis arqueométrico ha permitido clasificarlas dentro del grupo Jonás (*Jonah and the wale*), con sus habituales repertorios de cazoletas con forma de cabeza humana y rostro barbado, y las reiteradas cañas con bocas de pez escamadas. Una muestra del arraigo del hábito de fumar, introducido en Europa después de la aventura americana, y de la facilidad con la que productos y personas transitaban las fronteras, traspasándolas para quedarse.

Estas contribuciones, con sus objetos de estudio tan complejos y diferentes, con sus distintas concepciones de las realidades fronterizas, manifiestan, una vez más, que se trata de un tema tan enriquecedor como heterogéneo que, sin duda, debe abordarse desde la ruptura de esas otras fronteras, las académicas —como nos recuerda Roberto J. González Zalacain—, lo que constituye una responsabilidad y un deber ineludible e inaplazable para quienes nos dedicamos a la disciplina histórica. La necesidad de eliminar barreras académicas es imperativa, sin embargo, las fronteras físicas parecen ser cada día más rígidas. Si en 1989 asistimos esperanzados a la caída del Muro de Berlín, en el siglo XXI ciertos países erigen otros muros, como si ello les librara de una realidad apabullante. Mientras, nosotros y nosotras solo podemos recordar que esas estrategias nunca han servido sino para incentivar la transgresión y propiciar la construcción de nuevas realidades.

BIBLIOGRAFÍA

- BAZZANA, A. (1997): «El concepto de frontera en el Mediterráneo occidental en la Edad Media», en P. SEGURA ARTERO (coord.), *La frontera oriental nazarí como sujeto histórico* (ss. XIII-XVI). Actas del Congreso (Lorca- Vera, 22 a 24 de noviembre de 1994), Instituto de Estudios Almerienses, Almería: 42-45.
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (1997): «Relación general. La frontera nazarí», en P. SEGURA ARTERO (coord.), *La frontera oriental nazarí como sujeto histórico* (ss. XIII-XVI).

- Actas del Congreso (Lorca- Vera, 22 a 24 de noviembre de 1994), Instituto de Estudios Almerienses, Almería: 673-678.
- GONZÁLEZ MARRERO, M^a C. y RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A. C. (1998): «La mirada del otro: de cómo los europeos percibieron la vestimenta de los antiguos canarios», en F. MORALES PADRÓN (coord.), *Actas del XII Coloquio de Historia Canario-Americana*, Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria: 675-695.
- TOUBERT, P. (1992) : «Frontière et frontières: un objet historique», *Castrum 4. Frontière et peuplement dans le monde méditerranéen au Moyen Âge* (Acte du colloque d'Érice, 18-25 septembre 1988), Collection de l'École française de Rome 105/4, Rome: 9-17.
- TOUBERT, P. (2001), «Le concept de frontière. Quelques réflexions introductives», en C. DE AYALA, P. BURESI Y Ph. JOSEERAND, *Indentidad y representación de la frontera en la España Medieval (siglos XI-XIV)*, Casa de Velázquez - Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 1-4.
- VANHAEREN, M. y D'ERRICO, F. (2006): «Clinal distribution of personal ornaments reveals the ethno-linguistic geography of Early Upper Palaeolithic Europe», *Journal of Archaeological Science* 33 (8): 1105-1128.